

EL P. AURELIO ESPINOSA POLIT, S.J.

Ignacio Ellacuría, S. J.

En Centroamérica no se habrá escrito mucho sobre el P. Aurelio Espinosa Polít, ni con ocasión de su muerte. El valor integral de su figura era aquí conocido de pocos. Sin embargo tiene mérito como para proyectarse sobre toda Hispanoamérica. El Ecuador, su patria, ha visto claramente con su muerte lo que su vida le importaba. Una importancia sustancial, ganada desde un puesto y una ocupación que, al parecer, debían haberle apartado del influjo inmediato sobre la nación. Una importancia, por otra parte, nunca pretendida ni afanada con manejos o intrigas, sino fluyente connaturalmente de un valor que se impuso por sí mismo y que fue desbordándose desde su retiro de Cotacollao. Siendo profesor de Humanidades, sin salirse de esa esfera, aunque entendiéndola en toda su significación, acabó siendo llamado a misiones culturales, privadas y oficiales, del más alto rango nacional. Tal vez él mismo apreciaba más otras facetas de su influjo: la formación humanista de más de 33 generaciones de jesuitas o el fruto de su obra literaria. Pero como signo y prueba evidente de su personal valía, es más fácil referirse a su carácter de figura nacional, conquistado desde la línea de humanista y formador.

Carácter nacional nada fácil de conseguir, tanto que en muchos años de historia ecuatoriana no se encontrará caso parecido. El ambiente le era adverso: un laicismo agresivo, como el de su tiempo, no podía ofrecer sino resistencia a una figura tan radicalmente católica y sacerdotal, y un enciclopedismo especializado o un culturalismo positivista no ofrecían el alvéolo más apto para que se instalase en él un humanista de tipo clásico. Y, sin embargo, ambos extremos son patentes: el de su influjo y el de la fidelidad a su ser sacerdotal y a su formación humanista.

La historia de este influjo nos enseñaría mucho. Con todo más importa decir sintéticamente su porqué, que, en el fondo, implica bosquejar, más que el perfil, los fundamentos de su personalidad cultural.

Fue un trabajador intelectual incansable, centrado en un ámbito cultural para el que contaba con unas cualidades sobresalientes y una vocación insobornable. En apariencia abarcó muchos campos, además del cultivo de las humanidades clásicas, concretadas especialmente en Virgilio, Sófocles y Horacio. Estudios sobre autores ecuatorianos antiguos y recentísimos, investigaciones históricas sobre Santa Mariana de Jesús; producción poética "intermitente", publicaciones estrictamente religiosas, trabajos apologeticos, intervenciones en temas educacionales... Junto a esa amplísima producción literaria, sus funciones activas como Rector de la Universidad Católica, de formador, de consejero espiritual, de ministerio puramente sacerdotal, de colaborador en organismos culturales del estado... Pero, a pesar de toda esta multiplicidad, agravada con muchísimas clases semanales, frecuentes conferencias y congresos, extensión de sus publicaciones que, a su muerte, eran parte escasa de lo escrito por él, el P. Aurelio Espinosa fue todo lo contrario de un superficial, que mariposea por cualquier tema, o de un intelectual desvirtuado en funciones administrativas aparentes.

Si a todo esto hubo de llegarse, respondiendo a la llamada urgente de los que le rodeaban, fue porque en el trabajo de lo que le era propio, había alcanzado dimensiones desbordantes, que llamaron la atención de todo el Ecuador y, en menos medida, de Hispanoamérica. Representa así la solución de un problema hispanoamericano de plena actualidad, cuya formulación pudiera ser ésta: ¿Cómo aunar el más serio trabajo intelectual con una eficacia inmediata y pública, con un atender a tareas múltiples, con un trascender la propia especialización?

Ante todo, le fue posible abarcar tanto y adunar esos dos extremos, porque fue, desde su primera juventud, un trabajador excepcional, como sólo es posible en un hombre que tome como "forma de vida" el trabajo. El trabajo era su punto de gravedad, al que venía a caer, cuando no se lo impedían obstáculos externos. Somáticamente su necesidad de descanso era mínima; síquicamente, descansaba trabajando. Esto indica, entre otras cosas, que estaba plenamente centrado en su trabajo.

Podía centrarse —y encontrar su centro— en el trabajo, porque éste correspondía a lo que él era, y él estaba dispuesto a ser lo que era. La palabra que corresponde a este comportamiento es autenticidad, autenticidad, más aún que moral, existencial. La efectividad y la fama tenían que dársele por añadidura. Y, de hecho, sobre Virgilio y Sófocles fue el P. Aurelio Espinosa una autoridad mundial, un valor que puede parangonarse con los mejores. Se juntaron para conseguirlo sus cualidades personales, preparación y formación adecuadas, dedicación y trabajo ininterrumpidos. Vio desde siempre que para influir poderosamente hay, antes, que ser ricamente; y que para sobresalir en una línea, hay que haberla elegido conforme a las mejores cualidades de uno mismo y dedicarse a ella con todas las fuerzas. De aquí se iban a derivar las posibilidades de influjo inmediato y fecundo en niveles distintos del puramente científico.

De hecho, a pesar de sus múltiples actividades, estaba muy al tanto de lo escrito sobre Virgilio, excepto en alemán, habiendo reunido una biblioteca especializada, a la que no será fácil encontrar rival en toda Hispanoamérica; estaba excelentemente preparado para su valoración estética, gracias a su excelente preparación filológica y, sobre todo, a su extraordinaria sensibilidad artística.

Ser una autoridad mundial en materia tan cultivada en todas partes, es un caso singular y ejemplar en Hispanoamérica, supuestas la falta de tradición y recursos, por lo menos, en relación a otras partes, y la urgencia de la acción inmediata, que antes comentábamos. Por eso, puede verse en él el camino de solución al problema planteado al intelectual en Hispanoamérica: un trabajo intenso e indomable, planeado a la larga distancia; una circunscripción inicial al terreno en el que se puede rendir al máximo, hasta dominarlo de manera total, en cuanto es posible; y un trascender ese campo no como evasión sino como sobreabundancia, aplicación y repercusión.

No admitía perderse en actividades que le eran totalmente ajenas. Probablemente esto no es posible en todos los campos culturales, sino sólo en aquellos que mantengan natural unidad con la eficacia sobre el hombre. Se insinúa con ello un tipo de vocaciones como más apropiado para el influjo inmediato y profundo sobre el momento cultural hispanoamericano, pero también se exige que, a cada una de las vocaciones, se les encuentre ese sector de eficacia. No era, por ejemplo, sin más, evidente, que las Humanidades clásicas pudieran contarse entre las más apropiadas en orden a ese influjo. Con los hechos demostró el P. Espinosa Pólit que lo deben y lo pueden ser. Porque es patente que todo el resto de su actividad es inmediata: fluencia de las Humanidades que cultivó y del modo en que las cultivó. No sólo porque de ellas nació su prestigio primero, sino, sobre todo, porque en ellas conformó su forma de ser humanista, su más radical actitud cultural, que, a su vez, reobró sobre su modo propio de entender las Humanidades.

La elección gozosa, decidida, total, de ese campo y de ese estilo de trabajarlo, en función de su radical pasión de formador de jóvenes desde su propio canon humanista, es, efectivamente, algo muy configurativo de su personalidad y muy significativo. Patentiza a las claras su interés por lo humano como raíz de su vida cultural, por lo humano, en cuanto pudiera enfocarse humanamente o, más bien, humanísticamente al modo clásico. No le despertaban interés sino desasosiego aquellas disciplinas que, aun objetivamente humanas, no veía enfocadas de modo suficientemente humano. Allí donde había un predominio de facultades, sobre todo discursivas, con menoscabo de otras o una incapacidad de expresión humana no dejaba traslucir un fondo de hombre íntegramente humano, se sentía a disgusto. Claramente admitía tales disciplinas, en especial la filosofía, como momentos parciales en la formación integral del hombre, pero lo que no se le hacía tolerable era que el estilo propio de ellas, tal como las había visto vividas, llegase a ser el fundamental de una vida.

En la misma dirección apunta su preocupación por lo moral y religioso en las obras literarias. Exigía él, para tomarlas como modelos y medios de formación, no sólo que, por su fondo y forma fuesen reflejos vivos de las potencialidades humanas íntegra y armónicamente desarrolladas, sino que fuesen también plenamente morales y religiosas. Puede que en este enfoque haya un equívoco latente, pero con él se patentiza la seriedad con que tomaba las Humanidades y la totalidad de vida, que veía en ellas. Aquí radica aquel interés de buscar, especialmente en Virgilio, los más altos valores morales y religiosos, que a algunos les parecía excesivo y a otros falta de objetividad, junto con aquel afán de recalcar en las obras clásicas los valores vitales, que, un poco difusa e impropriamente, llamaba psicológicos, más bien que los puros valores estéticos o estilísticos. No que olvidara éstos. Estaba espléndidamente dotado para captarlos. Pero en su afán de totalidad le parecían insufi-

cientes y buscaba, tras ellos, la plenitud humana, la hondura de sentimiento y emoción, el proceso psicológico, el problema humano. En otro giro, obras que como objeto desarrollaron un ideal humano perfecto y armónico, y que ellas mismas fueran, en la presentación de ese objeto, ideal de humanismo.

De forma, si se quiere, muy diversa y con unos presupuestos reflejos muy diferentes, llevaba a cabo en sus clases lo que Moeller está realizando con tanta aceptación en sus tomos "Literatura del siglo XX y Cristianismo". Por su especial temple humano y por razón de su auditorio, el trabajo de sus lecciones era más bien analítico que sintético, centrado sobre muy pocos autores vistos exhaustivamente, sin especiales fundamentaciones teóricas o justificaciones y apuntes exhaustivos. Prefería ponerse en marcha, porque estaba persuadido de que esa marcha con él produciría sin más su efecto, y este efecto sería su máxima justificación. Tenía, esta es la verdad, mucha mayor capacidad de formador que de filósofo de la formación; lograba, por tanto, con mayor plenitud el hacer mismo que el dar razón de su hacer. Su valor más auténtico no estaba ni en lo que él alcanzaba a ver, cuando quería justificar su método, ni siquiera en la última concreción, en que éste se presentaba, sino en su espíritu y en la dirección general.

No es que careciera de ideas claras sobre sus pretensiones pedagógicas. La fundamental, seguida audaz y consecuentemente, era la de preferir, sin discusión posible, la educación a la erudición, las formas vitales a los contenidos materiales. Se podrá discutir si tales directrices son las propias de un nivel universitario, o si el modo seguido por él, es el único o el mejor para realizar su propósito fundamental; de lo que no se puede dudar es de que la meta era nobilísima y de que ofrecía una posibilidad espléndida de realizarla, dentro de la única forma, en que él podía darse en toda su plenitud. Estaba persuadido, y obraba consecuentemente, de que el elemento esencial en la formación radica en las personas y no en las ideas; de ahí que fuera su empeño máximo poner a sus oyentes en contacto, lo más inmediato y total posible, con aquellas personalidades clásicas más ricas y de más fecunda comunicación. Y en este poner en efectivo contacto con los autores iba todo su empeño, buscando el "re-crear" aquella posición, desde la que la obra escrita se hizo posible.

Esta función de acercamiento la realizaba con una técnica valiosa y plena de actualidad. Sin percatarse de ello, y en un nivel no filosófico, llevaba a cabo en sus clases unos espléndidos "análisis existenciales" de situaciones humanas radicales (1). Le faltaba capacidad para radicalizarlos y sistematizarlos, pero el camino era seguro, y por él avanzaba con paso firme y personal. No se entretenía en observaciones filológicas o consideraciones estilísticas; estaba lejos también de puntualizaciones psicológicas y estéticas, dichas tópicamente desde fuera, sin mostrar vivamente su qué, su porqué y su hacerse. Eran clases realmente creadoras, sin esquemas ya dados. En cada momento buscaba el ahondamiento nuevo, la recreación viva, el hallazgo imprevisto. Tenían mucho de aventura espiritual y, por ello, parecían todas distintas. Superaba, con frecuencia, el texto que le servía de arranque. Cuando se le decía que iba más allá de lo que el texto expresaba, no lo admitía. Tal vez con razón, si se piensa profundamente lo que es interpretación y lo que es objetividad, si se piensa que la letra nunca puede reproducir la persona que lo creó y que, por tanto, entender un texto, dar con lo que en verdad es, implica una superación de su apariencia y materialidad.

Quien no vea en ello unos valores radicalísimos y actualísimos, es que no sopesa lo que significa. La profunda persuasión de que lo humano —y qué de lo que es capital para el hombre no es humano?— sólo se llega a conocer, si se logra un contacto total con ello; el ir, como a meta de su formación, a lograr ese contacto, que no sólo da la vivencia más rica, sino la posibilidad misma de vivenciar potentemente; el llevarlo a cabo por medio de un análisis existencial y una efectiva recreación de modelos egregios de plenitud vital, son los reflejos y la comprobación más contundente de su excepcional condición de persona y maestro. Son también la raíz de su mensaje pedagógico y el secreto parcial de su efectividad humana.

Combatir, por tanto, sus ideas o sus métodos, apoyados en lo que en ambos hay de accidental, es confesión de miopía y superficialidad. La misma miopía y superficialidad de los posibles repetidores mecánicos de sus formas externas y de sus detalles accidentales. Sus discípulos más capaces no han tenido dificultad alguna de

(1) El término no está usado en su absoluto rigor; sin embargo, pretende aludir a Heidegger, pues el P. Espinosa realizaba análisis de aquellos comportamientos humanos sin cuyo conocimiento y contacto no es posible una ontología radical de la existencia humana. Heidegger mismo escribe: "Hay que tomar la retórica como la primera hermenéutica sistemática de la cotidianidad del 'ser uno con otro', en contra del tradicional entenderse la retórica como si se tratase de una disciplina", Sein und Zeit, 7. Aufl., p. 138.

transferir sus modos de enfrentarse a los clásicos al gusto profundo de lo más contemporáneo, antes han contado con la preparación apta para acercarse en su misma línea y con su mismo espíritu a autores y materias, a las que él mismo no acertó a aproximarse. Más aún se han formado de modo que en todo pensamiento, arte, expresión cultural necesiten ese carácter de plenitud, de autenticidad humana, de hondo contenido ajeno a todo formalismo, de verdadera presencia de la realidad. Y tal vez más radicalmente, lo que fue su alma, el centro de su actitud humana: la pretensión de una integral formación humana a través de la cultura. La frase es tópica, pero tal vez no tanto, después de lo que llevamos escrito.

Ciertas limitaciones y exclusivismos —que los tuvo el P. Espinosa Pólit— habrá que atribuirlos o a las condiciones históricas que le tocó vivir y que no permitieron dar todo lo que él y su método tenían de mejor, o a irremediables exigencias polémicas en defensa de valores, que estimaba indiscutibles. Era un convencido tal de sus ideas, veía en juego valores tan capitales en lo que llevaba entre manos, que cualquier transigencia en lo fundamental le parecía imposible. En este sentido podrán reconocerse limitaciones, pero lo que no puede honestamente ponerse en duda, es además de los valores expuestos, su inquebrantable rectitud moral, la sensibilidad y bondad de su corazón, su afán de entrega a los demás, a sus discípulos y a todos los que se le acercaban, fueran las más altas autoridades de la nación o los más humildes indios de Cangahua, llegados a su confesionario.

Esa juntura de fuerza y convicción personal de estar en la verdad y en el recto camino de vivificarla, ese amor insobornable a su concreta vocación, al servicio a los hombres en la línea que le era propia, fue el motivo de su presencia en tantos ámbitos, con tantas personas y en grado tan eficaz. Reconocido primero su prestigio en la especialidad de humanista y, más tarde, en el círculo más amplio de la literatura y la educación, quedó abierto el cauce, para que su poderosa personalidad pudiera hacerse sentir frente a la colectividad y frente a los individuos más capaces. Era un hombre realmente a la altura de sus ideas; por eso, el contacto personal acrecentaba la admiración y el influjo, iniciado en su enseñanza. Sin olvidar tampoco el influjo permanente, la acción sobre el futuro. Pero siempre desde lo que él era. El resultado está ahí: sus discípulos, su impacto en el ambiente cultural ecuatoriano, sus libros, en especial, las traducciones y prelecciones de Virgilio, la Biblioteca ecuatoriana que es más de lo que su nombre dice, la Universidad católica...

No todas sus producciones son del mismo valor; mostrar cuáles y por qué son superiores, serviría para jerarquizar sus cualidades y, en definitiva, para entender mejor su personalidad. Pero, si la valoración de sus obras puede pasarse aquí por alto, es ineludible, en un esbozo de la personalidad y sentido de la vida del P. Espinosa Pólit, aludir al sentido cristiano y sacerdotal, que constituye el sentido superior y total de su existencia.

Sin fisuras con su vocación humana, antes potenciándose ambas mutuamente. Ni su sacerdocio se presentaba sin su humanismo, ni su humanismo, sin su sacerdocio. Su misión última: la de hacer cristianismo construyendo lo humano. Estaba convencido de las palabras de Justino, el apologeta del siglo segundo: el meta lógos bíblicos cristiano es, quienes vivieron conformes al Verbo, son cristianos (Ap. 1,46). Como el mismo Justino, veía la posibilidad de edificar el cristiano, que nunca puede ni debe dejar de ser hombre, con lo que de mejor han producido los hombres. Sentía fundamentalmente cumplida su misión de sacerdote, preparando las bases humanas, que supusieran una mejor posesión subjetiva del mensaje total del cristianismo, y una más apta preparación, para poderlo presentar en toda su riqueza y significación. Su ejemplo mostraba el valor de lo cristiano, pues a todos era patente, cómo ese valor para él, conocedor y poseedor de tantos otros, era el supremo e indiscutible, el que, en definitiva, daba sentido y fuerza a todo su proceder, tan unitario. No sabemos a cuántos hombres acercó al cristianismo, porque ésta no es tarea propiamente humana ni, menos, mensurable, pero sí podemos medir cuánto acercó el cristianismo a los hombres. En el Ecuador no podrá repetirse honestamente la objeción tan trasnochada, de que es preciso ser laico, para estar a la altura de los tiempos y a la altura de los ideales culturales. Porque, si mucho fue lo que su humanismo aportó a su predicación del cristianismo, es evidente que más aportó el cristianismo a la sublimación de su humanismo. Por ello su significación singular en la historia ecuatoriana e hispanoamericana deberán reconocerla aun aquellos más prontos a sustentar sus prejuicios que a plegarse a la realidad de los hechos y a aceptar la verdad allí donde esté y en el modo preciso y total en que se halle. Con toda verdad se puede hablar de la ejemplaridad hispanoamericana del P. Espinosa Pólit.